

RELIGIOSIDAD MODERNA

Por José Vasconcelos.

Uno de los rasgos más sorprendentes de la producción filosófica contemporánea es el número y la alta calidad de los libros dedicados a cuestiones religiosas. Después de aquel inocente Siglo XIX, que llegó a pensar con Comte, que metafísica y religión eran cosas del pasado, ahora resulta que la religión vuelve a ser el tema fundamental de todo el pensar humano, según lo prueba no sólo el número de libros que en el mundo occidental se publican sobre la materia, sino el interés de los lectores, que ha convertido en éxitos de librería a un gran número de los que hoy se ocupan de la más alta de las disciplinas mentales, la Teología.

Libros que eran el secreto de media docena de teólogos en todo el mundo y cuyas ediciones escasas sólo se hallaban en unas cuantas bibliotecas conventuales, ahora son tema de discusión y de inspiración de las grandes mentalidades de nuestro tiempo. Uno de estos libros: "La Teología Mística" de Dionisio, el pseudo Areopagita, sirve de fundamento al libro de Monseñor Charles Journet, que traducido al inglés está alcanzando éxito extraordinario en los Estados Unidos. El libro se llama: "La Sabiduría de la Fe" y se ocupa de cuestiones teológicas en forma sencilla que está al alcance de toda persona medianamente ilustrada. Los temas del libro son ya de por sí una contradicción de los que imaginaban haber enterrado la metafísica: "Más allá de la Teología, La sabiduría del Amor; la Sabiduría de la Fe, incluso de los conceptos; Ciencia y Retórica sobrenaturales; La necesidad de una Doctrina Teológica; "La Naturaleza de una Teología doctrinaria"; Algunos temas de la Teología Histórica; Por abajo de la Teología: la Sabiduría de la Razón; la Estructura Vital del conocimiento cristiano".

Los temas parecen complicados y lo son, pero Monseñor Journet posee el don de hacerlos comprensibles y amables. A Dionisio Areopagita, el sublime, lo explica como sigue: "El más alto conocimiento de Dios que puede alcanzar la criatura, requiere el abandono de lo sensible y de lo inteligible y la dedicación a una ignorancia más

alta que todo conocimiento con el objeto de unirnos en éxtasis irresistible y completamente libre con Aquel que se encuentre más allá de toda esencia y se esconde en la tiniebla. Esta experiencia, por supuesto, presupone el conocimiento que viene por los caminos de la fe y la aceptación de las verdades contenidas en la Escritura, verdades esclarecidas por las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. Se trata de una sabiduría que se reconoce por tres marcas distintivas: 1.—No usa conceptos, ni positivos ni negativos, sino que evitando ambos, entra en silencio, sin palabras, en unión con lo inefable. 2.—No es un saber que se comunica con la enseñanza ni se descubre por medio del estudio; se adquiere cuando una persona que está unida con Dios experimenta y sufre realidades divinas. 3.—Es el fruto de un éxtasis”.

“Tales son las reglas del conocimiento místico. La autoridad para esta experiencia es San Pablo, que llegó a la fe, no por el razonamiento ni por el estudio, sino por el deslumbramiento directo de la Revelación; el estado que expresa diciendo: “(Vivo y no vivo en mí, sino que es Cristo el que vive en mí”. Comentando el tema, Santo Tomás dice: “El amor, a diferencia del conocimiento, nos lleva hacia las cosas. Sin embargo, no todo amor nos conduce al éxtasis; hay una clase de amor que nos hace amar las cosas, no por lo que son en sí, sino por las ventajas que podemos derivar de ellas, por ejemplo cuando deseo el vino o la justicia, por lo que a mí respecta; tal amor es legítimo pero no es extático. Pero el amor que tiende hacia los sujetos por lo que ellos son y ama en ellos su propia bondad, tal amor causa éxtasis y conduce al amante fuera de sí mismo. Si el objeto amado es Dios, el amante no se reserva nada para sí, puede y debe abandonar toda cosa, y en este abandono decide a favor de Dios y la criatura se recobra a sí misma volviendo a su condición de criatura. Sin embargo, si lo amado es sólo una criatura, el amante existe al lado de lo amado y su abandono a lo amado no podrá ser completo. Sólo la caridad por la cual amamos a Dios por sí mismo y todas las cosas en Dios, es en todos los grados y naturalezas, un amor extático”.

¿Qué importancia tienen estas afirmaciones?, preguntará ese contemporáneo hombre de la calle que se ha educado en escuelas que tienen prohibido hablar de estos grandes temas de la metafísica y la religión. Pues, sencillamente, una de las primeras consecuencias del párrafo transcrito es que nos da lo que se llamaría en la jerga de la filosofía moderna, el prototipo del *valor*, el *valor máximo* al cual po-

demostramos y debemos ajustar todos los valores de la existencia. Pregúntese al hombre moderno de la calle, ¿qué es lo que más ama?, ¿qué es aquello a lo cual sacrificaría todo lo que posea? Y después de mucha vacilación contestará: "que su madre, o que la Patria, o que la justicia"; es decir, en cada caso se referirá a un objeto igual a él, tan desamparado como él en el caso de la madre, o bien, a una abstracción como en el caso de la Patria, la justicia; en todo caso, valores que no son idénticos para todos los hombres y que no pueden servir ni de base ni de meta para la acción colectiva.

Las pequeñas filosofías contemporáneas han puesto de moda un término que sirve de refugio a todos los que presumiendo de idealistas no se atreven, sin embargo, a confesar la necesidad de la existencia de Dios, ese término es la humanidad.

¿Pero, qué es la humanidad, sino un resumen y multiplicación monstruosa de todas nuestras miserias y también quizás de una que otra excelencia individual? Es claro, la meta de un movimiento nunca está en sí mismo; todo anhelo tiende hacia algo que no posee porque le es exterior. El ejemplo típico es el de la criatura frente al Creador que necesariamente la supera; por eso es que ni lógicamente ni de hecho, puede ser objetivo final de un movimiento colectivo ese mito moderno, el más tonto y el más pobre de todos: la humanidad. La pretensión de divinizar la humanidad no es sino una forma monstruosa del propio egoísmo que quisiera falsificar el anhelo, a cambio de no salir fuera de la propia miseria. Adorar a la humanidad es como adorarse a sí mismo: se necesita muy poca ambición, muy poca imaginación. Sin embargo, esta es la posición de los idealistas en abstracto, de los que huyen del dogma personal para caer en adoración de conceptos que son menos que los mitos de los primitivos. De todo esto nos libra la verdadera filosofía; de todo esto nos salva mejor aún, la Teología.

Harto de sí mismo y de su siglo mediocre, por materialista y confuso, el hombre moderno reniega de su pasado inmediato y en salto de siglos vuelve a la verdad absoluta para construirse un porvenir un poco menos efímero o un poco menos malvado que este presente de indecisión y de lucha. Por eso es que las mentes contemporáneas se desentienden de la producción libresca de las últimas décadas y se dedican en la actualidad a la lectura de los autores que reviven las fuentes eternas de la Sabiduría, en busca de modelos para nuestra conducta y para nuestro pensamiento.